

Borsari, Elisa – Alvar Nuño, Guillermo (coord. y eds.), *Tradición clásica y literatura medieval*. Col. «Instituto Literatura y Traducción. Miscelánea» 14 (San Millán de la Cogolla: Cilengua. Fundación San Millán de la Cogolla, 2021). 478 pp. ISBN: 978-84-17107-98-7.

Este volumen recoge un total de nueve trabajos sobre el impacto de la literatura clásica en la medieval y la importancia de la tradición latina en la configuración intelectual de la Europa occidental. A pesar de que tanto Aristóteles como el «ciclo troyano», por citar algunos ejemplos estudiados en sus páginas, pertenecen al ámbito cultural griego, no es menos cierto que entran en el acervo cultural europeo a través de sus versiones latinas. Porque este libro tiene que leerse como la continuación de otro también editado y coordinado por la profesora Borsari en colaboración con el profesor Alvar Nuño en 2018, dedicado a *La traducción en Europa durante la Edad Media*, cuyo leitmotiv era el papel fundamental que tuvo la labor traductora en la configuración del canon literario europeo occidental y de las lenguas vernáculas como lenguas literarias.

En torno a esta idea de la traducción como punto de partida de las diferentes tradiciones literarias gira la primera de las colaboraciones, titulada «Los clásicos durante la Edad Media» y firmada por los editores y coordinadores del libro (pp. 11-25). Aunque en puridad estaríamos ante un preámbulo en el que se busca presentar la idea que da homogeneidad a los diferentes estudios, funciona como una suerte de estado de la cuestión que permite situar al público universitario, especialista o no, dando «una imagen panorámica» (p. 19) sobre la recepción del legado clásico en la Edad Media. Un legado que Borsari y Alvar circunscriben sólo a la latinidad, pero sin dejar de reconocer la importancia de otras tradiciones igual de europeas, como la griega, la hebrea y la islámica, toda vez que hubo comunidades que tuvieron el hebreo y el árabe como lengua materna y que llevaron a cabo traducciones desde el latín o al latín.

María Sanz Julián trata acerca de la *Crónica troyana* del aragonés Juan Fernández de Heredia y de cómo se convirtió en uno de los principales exponentes del «ciclo troyano» en la península ibérica (pp. 29-44). Un ejemplo del modo en el que —en palabras de la autora— la enorme sombra de Homero no sólo atravesó las fronteras del mundo greco parlante sino también las temporales. Ahora bien, la *Ilíada* que se lee en los círculos intelectuales medievales de Europa y por tanto de los reinos cristianos peninsulares, es en su traducción al latín en el siglo I d.C., pero sobre todo a través de los fragmentos utilizados en los manuales escolares de los siglos X-XI. El éxito de estas leyendas, el interés que suscitan las historias sentimentales de Héctor y Eneas, están detrás de sus traducciones a las lenguas vernáculas que, poco a poco, fueron configurando ese «ciclo troyano» medieval. Interesante es también ver cómo la *Crónica troyana* de Fernández de Heredia, manuscrita, se convertiría en Castilla en uno de los primeros libros impresos en 1509, en la casa de Juan de Burgos, convirtiéndose a su vez en un *best-seller* de la época.

El tercer trabajo se titula «Aristotelismo medieval y aristotelismo hispánico» (pp. 45-90), en el que la profesora María Díez Yáñez se ocupa del Filósofo

por antonomasia en la Edad Media. Su figura es similar a la de Homero, atemporal y universal, estudiado y glosado por musulmanes, judíos y cristianos, en árabe, hebreo o latín, destacando las figuras de Boecio, Avicena, al-Farabi, Maimónides o Tomás de Aquino. Aristóteles, su obra, se convierte en una referencia para interpretar el mundo, especialmente su filosofía natural, la lógica o la medicina. Porque cuando en la Edad Media se mira a la Naturaleza, ésta se interpreta de acuerdo con los parámetros que el filósofo griego del siglo IV a.C. estableciera. Sin embargo, es también uno de los pilares sobre los que se sustentó la Teología latina, en tanto en cuanto la obra aristotélica planteó desde el primer momento la disputa entre fe y razón que tanto teólogos trataron de salvar con resultados dispares. Pero el trabajo de Díez Yáñez nos plantea también ante la importancia que en el medievo tuvo la faceta moral y política de Aristóteles, especialmente a partir de la Baja Edad Media, como consecuencia del surgimiento y crecimiento de los círculos cortesanos y la necesidad de dotarse de herramientas para el buen gobierno de los incipientes reinos nacionales. Es en este contexto cuando se emprende la tarea de traducir al Filósofo a las lenguas vernáculas: en el momento en el que no sólo es útil en ámbitos académicos sino también cortesanos.

Hay espacio también para el cinismo a través del estudio de la recepción medieval de la figura de Diógenes de Sínope, a cargo de Sergio Guadalajara Salmerón (pp. 91-135). Es de destacar la escasa simpatía que los Padres de la Iglesia —en Oriente y Occidente— sentían por la escuela filosófica del ‘perro’ y por tanto su ostracismo durante los siglos altomedievales. Pero la prevención del cristianismo no era compartida en todo el Mediterráneo. Es gracias al interés de los árabes por todo el legado cultural griego que se salvaron las obras de otro insigne cínico: Diógenes Laercio. Por esta razón, al-Andalus se convirtió en puerta de entrada de estos pensadores en la Europa latina, además de ser en la península ibérica donde los antiguos cínicos encontraron un espacio. El verdadero cambio lo marcó el Renacimiento del siglo XII, gracias al auge comercial y a los contactos más estrechos con las potencias culturales del Mediterráneo: el mundo islámico y bizantino. La falta de pudor y crítica mordaz, dejaron de ser censurables y, en el contexto cortesano, encontraron nuevo acomodo como signo de ingenio. Sin embargo, hay en Diógenes de Sínope una vertiente por la que en la Castilla del XV era estimado: la llamada a la frugalidad y el cuidado del alma.

Con «La pervivencia de Cicerón en la Edad Media», Guillermo Alvar Nuño (pp. 137-189) se ocupa de la otra gran figura de referencia en la Edad Media, junto a Aristóteles. Es el modelo ciceroniano el que siguió Tomás de Aquino para la elaboración de su *Summa Theologica*. Y aunque su guía fuera Virgilio, Dante Alighieri también se dejó conducir por Cicerón en su *Comedia*. La influencia italiana, donde había comenzado la labor de recuperación de los clásicos latinos, despertó el interés por la obra de político romano del siglo I a.C. en la península ibérica, empezando por el propio Alfonso X. Un interés que tuvo una doble vertiente: por un lado, la meramente poética, por otro, la política. En este último caso, se trató de rescatar el concepto de *autoritas* que tan necesario era para la construcción/legitimación del poder la monarquía. Así pues, la utilidad

de Cicerón estaba reflejada en la ordenación jurídica que se construyó a partir de la segunda mitad del siglo XIII. Para los Humanistas era el nexo entre la tradición pagana y la cristiana, ofreciéndoles un modelo estilístico sin aristas.

La recientemente fallecida Gemma Avenozza contribuye a este volumen con el capítulo titulado «Valerio Máximo en el medievo peninsular» (pp. 191-235), sobre el que ella denomina (también) un *best-seller* a juzgar por la enorme cantidad de copias manuscritas de su obra dispersas por las bibliotecas europeas. Quizás esto se debiera a que la mayoría de los autores medievales acudían a ella para extraer cómodamente anécdotas moralizantes muy del gusto de la época, que incorporaban a sus escritos. Pero sería en la corte de Juan II y Enrique IV de Castilla donde conoció una mayor fortuna si tenemos en cuenta las numerosas traducciones que se emprendieron de la obra de Valerio Máximo. En este sentido, tuvieron un papel clave los andaluces ligados a la cancillería real castellana. Llama la atención que una de las primeras traducciones al castellano no fuera directamente del latín: Juan Alfonso de Zamora no sabía esta lengua, pero pudo leer a Valerio Máximo en catalán, texto que tomó para el suyo, traduciendo incluso las glosas que el dominico Antoni Canals hizo (p. 200). La anécdota sirve para —en los tiempos que corren— establecer un vínculo de unión entre Castilla y Cataluña, mostrando que la influencia cultural entre ambas existió y de manera fructífera.

Andrea Zinato escribe «Séneca en la Edad Media: tradiciones textuales, vulgarizaciones y traducciones en las lenguas románicas» (pp. 217-290) sobre la enorme importancia que tuvo el filósofo estoico para la cultura medieval. Y no sólo las que se sabía con seguridad eran suyas, sino también una pléyade de escritos que se le atribuyeron, los apócrifos, lo que da buena cuenta de esa importancia. A pesar de ser un pagano, el filósofo cordobés del siglo I d.C. era tomado como un modelo moral: después de todo, acabó él también sucumbiendo a la arbitrariedad de Nerón, el Anticristo, ejecutor de Pedro y Pablo, junto con muchos más cristianos en Roma. En el empeño por «cristianizar» la figura de Séneca, se inventó una tradición de la correspondencia apócrifa entre éste y el Apóstol de los Gentiles, para dar carta de naturaleza al interés que muchos eruditos medievales sintieron por su obra y figura; un lavado de imagen para que no le sucediera como a Virgilio, tomado por hechicero. Así pues, resulta lógico, como señala A. Zinato, que una vertiente de la producción senequista medieval se ocupara de redactar su biografía y que algunas de ellas estuvieran dedicadas al papa Clemente VI. No deja de ser curioso que en ocasiones se emparejara a Séneca con Sócrates, y se ofrecieran las biografías de ambos pensadores a modo de *vidas paralelas*.

Hasta aquí, todos los estudios se han centrado en lo que podríamos llamar una «latinidad clásica», pero ¿qué sucede tras el establecimiento de los reinos germánicos? Son los llamados *siglos oscuros* en los que, según la creencia popular, la cultura entra en declive, desaparece de la escena pública para refugiarse tras las paredes de los monasterios. No obstante, esta imagen catastrofista y tremendista es desmentida gracias a personajes como Boecio en el reino ostrogodo en la actual Italia e Isidoro de Sevilla entre los visigodos asentados en la actual España. Ambos, entre otros hombres de letras de los siglos V-VII d.C.,

permitirían hablar de una «latinidad de la Antigüedad Tardía», que se mueve en unos parámetros diferentes a la clásica, pero que merece igual atención.

Boecio es estudiado por Antonio Doñas (pp. 291-311), quien señala una característica que hace especial a la *Consolatio*: que obra y autobiografía se encuentran entremezcladas. Esto repercute en otro aspecto no menos interesante: que los manuscritos que se conservan contengan en su (casi) totalidad notas marginales e intertextuales, con comentarios y glosas que permiten comprobar el interés que despertó el texto desde el siglo IX hasta el XV. Asimismo, estas *marginalia* sirven para estudiar los diferentes niveles de lectura de la obra de Boecio, los diversos temas que suscitaban el interés de quienes se acercaron al texto, pasando de los aspectos morales al platonismo de su autor para llegar a los componentes éticos, históricos y mitológicos. Esto hace de la *Consolatio* un clásico medieval, toda vez que cada generación hizo su propia lectura dependiendo de su *zeitgeist*. En lo que respecta a la península ibérica, lo más reseñable sería su carácter de *best-seller* —otro que sumar a la lista compuesta por la *Crónica Troyana* y Valerio Máximo— y a que la primera traducción a una lengua peninsular fuera al catalán (p. 301) y en una segunda, al hebreo (p. 303).

José Vicente Salido López y Joaquín González Cuenca se encargan de «El saber enciclopédico en la Edad Media: las *Etimologías* de san Isidoro de Sevilla» (pp. 313-339), destacando la enorme trascendencia que tuvo el trabajo del polígrafo hispalense tanto en la península ibérica como fuera de ella; tanto antes como después del 711 y tanto entre cristianos como musulmanes. Parte de ese éxito se debe al carácter de compilación del saber de su época que tiene en concreto esta obra de Isidoro, lo que ponía a disposición de cualquier hombre de letras de los siglos IX-XV (horquilla en la que están datados la mayoría de los manuscritos conservados) una amplia gama de conocimientos de diversas ramas. Hay una cuestión sobre la que los autores llaman la atención y es que, a pesar de que había un gran número de copias de la obra en latín, sólo se conocer una única traducción al castellano. La explicación que dan a esto es que las *Etimologías* estaban destinadas a su consulta en ambientes eclesiásticos donde el latín era de uso común. Hacen un ejercicio por aclarar el *cuándo* y el *porqué* de esta traducción, planteando la posibilidad de fuera en el siglo XIII —durante el reinado de Alfonso X y en el marco de la Escuela de Traductores de Toledo— y que se debiera a la necesidad de tener un manual sobre ciencias profanas. Pues, como señalan Salido López y González Cuenca, la traducción castellana es parcial, saltándose las partes dedicadas a la Iglesia.

El volumen se cierra con «Los autores clásicos y la recepción de sus textos», que firman los coordinadores, los profesores Borsari y Alvar Nuño (pp. 341-476) y que bien podría funcionar como índice sobre los autores y obras citadas en los estudios precedentes. No obstante, por su forma y contenido, creo que lo que nos ofrecen en estas últimas páginas es un *tesauro* en el que de un simple vistazo podemos saber qué autor cita a qué autor y cuál obra, lo que permite establecer fácilmente las cadenas de transmisión. Esta última parte, cuyo esfuerzo es más que evidente, es lo que le da un valor añadido a un más que interesante y necesario libro que ayuda a derribar (falsos) mitos sobre la Edad Media y su relación con la cultura en general y la clásica en particular. A través

de esas relaciones, de esas cadenas de transmisión, podemos trazar una línea de continuidad entre dos épocas que se pretendieron separar en el Renacimiento, como si lo sucedido entre los siglos V-XV hubiera sido un molesto interludio. Debe servirnos para poner en valor una identidad europea construida sobre la latinidad, pero enriquecida por otras tradiciones (la griega, pero también la hebrea y la árabe) sin las cuales no se entendería eso que hoy llamamos Europa.

Carlos Martínez Carrasco
UCO-C.E.B.N.Ch.